

# Iraq

## Entre la desolación y las raíces

Texto: Carla Fibla · Fotos: Pedro Rojo

Seis años han pasado desde que Estados Unidos y Gran Bretaña invadieran Iraq para destruir un país más antiguo que la escritura. Fue una masacre cuya dimensión no alcanza con identificar el número de muertos. Fue una derrota legal, moral y ética de todo occidente. Esta es la crónica de nuestro último viaje a Iraq. Así se vive hoy en Bagdad.

Hay cosas viejas que persisten como los destartalados autobuses rojos de dos pisos, el hielo derritiéndose en un mostrador de madera junto con la sierra que se utiliza para cortarlo, los vasos de té pequeños, ovalados, cuya base cubren primero con azúcar, cuidadosamente alineados, preparados para recibir la mezcla de té y agua caliente, el dominó sobre mesas viejas, cubiertas por un trozo de moqueta que ha perdido el original naranja chillón.

Hay cosas nuevas que se multiplican como las sillas de ruedas junto a montañas de muletas unidas en pares, los generadores de todos los tamaños, colores y precios, cualquier electrodoméstico de uso casero como el aire acondicionado, las parabólicas,



microondas, los escombros de la guerra de 2003 compiten en la adquisición de espacio con la basura que se amontona en algunas esquinas.

Y entre recuerdos y novedades los iraquíes

intentan organizar su vida, mantener su identidad y parte de sus valores, a la espera de que tiempos mejores vuelvan a llenar sus vidas.



“Nuestra normalidad es este caos”

“Nuestra normalidad es este caos”, explica Salim, un cambista sunní que ha pasado mucho miedo durante los últimos años por el descontrolado enfrentamiento sectario que nadie entiende entre la población que sigue rechazándolo, y que le obligó a trasladarse de barrio y a seguir las directrices de los que imponían su ley a base de asesinatos y ajusticiamientos por rencillas del pasado. Salim rechaza pensar que la vida medianamente estable

que lleva desde hace unos meses no es la normalidad. Esperar a tener agua corriente, electricidad las 24 horas del día, un servicio sanitario adecuado o a que las escuelas estén bien surtidas, es un esfuerzo demasiado grande para una población orgullosa pero destrozada por dentro. No es que se hayan acostumbrado al desastre, que se hayan abandonado a una suerte tan injusta como la que les ha tocado vivir por tener petróleo, o por, en los años ochenta, ser un país árabe tan desarrollado que pudiera hacer

sombra al protegido Israel.

La rutina del té y el dominó en muchos cafés del centro de Bagdad sólo ha sido quebrada en momentos puntuales, cuando era imposible definir los bandos que se estaban enfrentando en las calles de Iraq. Ancianos y jóvenes vuelven a compartir esos espacios en los que verbalizan problemas cotidianos, dificultades que van sorteando y sueños banales que para muchos de ellos resultan inalcanzables. Por la noche en barrios como Karada hace sólo unos meses que terrazas, restaurantes de comida rápida y cafés han encendido sus luces, y junto a un molesto ruido constante provocado por los imprescindibles generadores, ofrecen cierta distensión también a la caída del sol.

La mayoría de las tiendas y los mercados siguen cerrando entorno a las cuatro de la tarde para tener tiempo de regresar a casa de día. Cuando ellos



se van, los meticulosamente ordenados puestos de camisas, camisetas o zapatos, junto con los juguetes chinos o utensilios de plástico empiezan a ocupar parte de las aceras bagdadíes. Da la sensación de que viven en una noche “contenida”, porque nadie parece convencido de que la aparente tranquilidad sea definitiva. Aprovechan el momento, toman aire y renuevan su determinación de seguir aguantando, conscientes de que todo es tan frágil en Iraq que, la decisión de los que manejan los hilos desde Irán o desde Estados Unidos puede volver a llevarles al caos absoluto, a la incomprensión y la desesperación sin límite.

Basil y Salhua aparcen su coche muy cerca del restaurante “Happy Time”, en cuyo letrero la primera palabra del nombre se ha fundido. Contemplan la carta en la que casi todo pasa por el pollo y preguntan a sus hijos qué les apetece. Las salidas en familia son escasas pero las de los niños y los adolescentes, sobre todo cuando se trata de mujeres, son casi nulas.

### Muertos en vida

La juventud iraquí vive enclaustrada en la jaula que sus familiares se esmeran en proteger, angustiados por los atentados y los secuestros que sigue habiendo en Iraq. “No podemos enfadarnos con ellos porque



pasen la tarde viendo los canales internacionales de televisión, porque no tengan interés en nada. Ellos se sienten muertos en vida y nosotros apenas podemos ofrecerles opciones, salidas a la sensación de estar corroyéndose por dentro que tienen”, comenta Salhua cuando se refiere a su hija de 16 años que se niega a ponerse el velo para salir de casa y pasa horas arreglando sus perfectas uñas pintadas de color rojo.

Las salidas nocturnas de los bagdadíes tienen una caducidad tan breve que parecen más pendientes del momento de regresar al hogar que del zumo de frutas que están degustando o de los escaparates de las tiendas que recorren con la mirada. El oro vuelve a relucir tras las vitrinas en algunas zonas “tranquilas” pero pocas mujeres se atreven hoy a ponerse sus joyas cuando salen de casa por miedo a provocar, a exponerse demasiado ofreciendo un motivo más para ser atacada.

En los restaurantes de pescado a la brasa, junto al río Tigris, también empieza a rebrotar cierta normalidad. Los niños juegan a la pelota, muestran a sus padres sus habilidades al aire libre, y los jóvenes discuten frente a una interminable sucesión de tes que combinan con el narguile (pipa de agua).

Pero como comentan muchos iraquíes: “Todo es apariencia”. Rhana es activista de derechos humanos, lleva varios años viviendo un exilio elegido en Siria para poder seguir trabajando sobre lo que está ocurriendo en su país. “Hace unos años, cuando empezó la invasión, entraba en la Zona Verde, la zona protegida, y tenía la impresión de que estaba viviendo en un videojuego, rodeada de armas, de muros, puestos de control, registros, con personas que miraban de reojo y desconfiaban del que iba en dirección contraria. Había mucha tensión. Seis años después, todo el Bagdad actual se ha convertido en un enorme videojuego. Todo es tan raro. No sé qué pensar, si hay futuro en este país”, razona mientras mira a su alrededor.

### Aprobados a 100 dólares

El país desestructurado que con meticulosidad sigue hundiendo la ocupación estadounidense se observa en todos los ámbitos cotidianos. El impactante retroceso en la educación, con universidades donde



los retratos de Saddam Hussein han sido sustituidos por clérigos chiíes, convirtiendo así los lugares donde se aprende en tentáculos religiosos que potencian el sectarismo. La corrupción también ha llegado a las aulas donde los alumnos confiesan sin remordimientos que pagan 100 dólares para pasar un examen, o los profesores aseguran que sin tomar clases particulares

los alumnos no son capaces de pasar curso. El desinterés merma también la capacidad de la juventud para aprender idiomas, algo inédito en un Iraq que en los años setenta y ochenta mandaba a muchos de sus estudiantes al extranjero para finalizar sus estudios. Hoy la mayoría de los menores de 30 años son incapaces de comunicarse en inglés.

Los sectores más afectados por los asesinatos de profesionales desde que comenzó la invasión son los profesores universitarios y los médicos. En los hospitales a la escasez de personal se une la precaria situación de las instalaciones, unas circunstancias peores de las que vivieron durante los 13 años de embargo económico tras la invasión de Kuwait en 1991.

“La agricultura está muerta en Iraq”, asegura Jalil, un taxista propietario de un pequeño terreno que no logra que trabaje nadie de la familia porque los jóvenes prefieren alistarse en el Ejército o entrar en la policía donde no se les exige formación y saben que recibirán un sueldo a final de mes. “Todo viene de fuera, las berenjenas, patatas y tomates de Siria, las naranjas de Egipto, las cebollas y sandías de Irán. En Iraq no hay electricidad, no podemos trabajar con bombas de agua, tampoco hay semillas, ni abonos. El Estado no está haciendo nada para recuperar el sector”.

### Privatización de la guerra

En cambio, los comercios viven un momento de bonanza. Además de las tiendas de electrodomésticos, pequeños supermercados de barrio y sobre todo los locales de venta de bebidas alcohólicas se han multiplicado en la capital bagdadí. “Nos sentimos un poco más seguros que hace unos meses pero estamos amenazados por los islamistas y sabemos que nos pueden atacar en cualquier momento”, comenta Samar desde detrás de unos gruesos barrotes pegados al mostrador de su tienda.

Parte de la seguridad momentánea actual la mantienen los 200.000 mercenarios de varias nacionalidades, que registran vehículos y protegen establecimientos recién instalados en Iraq. Según cálculos que baraja el cuerpo diplomático europeo en Bagdad, hay 100 mercenarios por cada 70 soldados, y 2 mercenarios por cada combatiente. “Hay empresas



privadas que han perdido a más hombres que muchos de los países que han participado en la invasión de Iraq”, asegura un alto funcionario occidental que prefiere permanecer en el anonimato.

“De hecho, hay embajadas que han contratado el “Botón del pánico” con las empresas privadas de seguridad para que en menos de 15 minutos aparezcan con todos los medios y aborten el ataque”.

Esta realidad, que a diario trasladan en sus informes internos las representaciones diplomáticas instaladas en Bagdad a sus países de origen, hace que la inversión extranjera sea aún una utopía en Iraq.

Al recorrer Bagdad, fraccionada por los centenares de muros que dividen barrios conflictivos y rodean los de mayoría sunní o chíi, es posible reconocer la miseria de zonas superpobladas como Ciudad Sadr. A la compleja situación de sus habitantes hay que añadir ahora los bombardeos, el fuego cruzado de las milicias, los muertos que parecen estar fuera de toda estadística cuando se cuestiona si el número de iraquíes fallecidos desde 2003 alcanza el millón de personas.

“Ocurrió por la tarde. Cayó un misil en la casa de unos vecinos y cuando fueron a rescatarlos cayó otro misil. Con ese segundo impacto murieron



19 personas de nuestra calle, la mayoría niños. ¿Qué culpa tienen los niños de lo que está ocurriendo?”, se pregunta la abuela de uno de ellos mientras muestra la fotografía de la casa destruida salpicada por las caras de los fallecidos. En el centro de la imagen de los mártires un hombre saca de los escombros el cuerpo sin vida de Mohamed, su nieto de dos años. “No sabemos quien está destrozando el

país, si es EEUU, el Gobierno u otros países. Ya no sabemos quién es mejor, ni lo que más nos conviene”, explica Um Jadiya sin poder apartar la mirada de la imagen de su hijo muerto hace un año. Y concluye: “A mis hijos, una niña de 5 años y un bebé de 6 meses, no les puedo transmitir esperanza, sólo puedo enseñarles a que recen a Dios para que nos proteja”.

Siguiendo otro muro, que en las zonas

comerciales como la calle Saadun es el soporte improvisado de anuncios de publicidad, llegamos a otro barrio que parece haber resurgido del infierno: Addamiya. El propietario de una tienda de zumos se muestra satisfecho porque su clientela vuelve a sentarse en las mesas para hablar, explica que sin las brigadas suníes de Salhua, creadas por EEUU y cedidas en noviembre de 2008 al Gobierno que dirige el chii Nuri Al Maliki para cumplir lo establecido por el pacto de seguridad, habría sido imposible. “Al Qaeda controló las calles del barrio durante más de un año, impusieron su propia ley, dijeron cómo había que ir vestido... había mucho miedo”, comenta la dependienta de una tienda de ropa de mujer llena de colores.

Al pasear por las calles de Addamiya junto al oficial de Saha que saluda a los vecinos, se detiene para informarse sobre la suerte de algún pariente, o se anota algún nuevo problema, se puede entender porqué en la descomposición impuesta a Iraq desde el comienzo de la ocupación, una fuerza de seguridad local y cercana como los Saha han logrado la confianza de sus conciudadanos.

Tras haber pasado de un panorama completamente negro a un ligero cambio que podría permitir cierta recuperación de la vida que tenían los iraquíes hace seis años, los ciudadanos vuelven

a tentar su suerte. Por eso es posible ver como una persona entrega su ordenador portátil a un desconocido que despacha en una ferretería, y le pide que se lo guarde hasta que termine de hacer unas gestiones, únicamente porque la cara y la mirada del que acepta quedarse con el maletín, es “buena”. Igual que el que recibe el encargo aún es capaz de detectar sinceridad en el desconocido y confía en que no le esté dejando una bomba que pueda estallar

poco después.

Lo malo es que esos valores, asociados desde antaño a la naturaleza de los iraquíes, no están siendo transmitidos desde hace más de un lustro a las nuevas generaciones. La violencia, el odio que están mamando desde que EEUU invadió su país, está haciendo que los niños iraquíes crezcan sumidos en una necesaria resistencia con la que esperan algún día disfrutar de la convivencia que existía en Iraq.

